

ampoco de ser universal: las relaciones ambiente militar, en donde la convivencia hombres, puede llevar las situaciones a De este último texto, por su veracidad y inimaginable una representación teatral en la posibilidad de la existencia de este tipo orgica a un tema tan complejo. Carrigan por onólogo hacia la trama íntima familiar, en closet" de uno de los personajes desata el mpilada pertenece a De Grandy, autora de dos enfrentamientos al tema, quien se vale reconocidas del arte y de lo que sobre ellos ra trata el tema de la posible relación Lorca a partir de sus respectivas obras do parte de la escena y del decir de ellos de los personajes entran y salen de sí, para s conflictos, sus obras. ni ofrece material para otras publicaciones, na antología sobre teatro dedicado a este naturgos cubanos de Miami. Otros autores adas sus obras. Una recopilación de esta ertas a la pervivencia escrita de los textos hecho teatral es inmediato y cada función su magia y no podemos darnos el lujo de el olvido. os al lector a disfrutar de estas cinco obras n se disfruta leyendo) y a que llegue a sus re una dramaturgia que habla sin censura tabúes que es aún asignatura pendiente de ón occidental.

EL ÚLTIMO BOLERO. PIEZA EN UN ACTO

Cristina Rebull y Iliana Prieto

Estrenada en la Habana, en agosto de 1998, en la Sala Teatro del Museo de Bellas Artes, bajo la dirección de la propia Cristina Rebull y actuada por ella y Verónica Lynn. La más reciente puesta del 2017 subió a escena en Artefactus Teatro, dirigida por Eddy Días Soza y con las actuaciones de Belkis Proenza y Yani Martin.

Personajes:

Sofía, madre

Beatriz, hija

(En un apartamento de La Habana, 1997).

(Ambiente de entrada y salida de aviones. Aparece Sofía en el público, muy arreglada a la moda comunitaria de Miami, pero de buen gusto. Es una mujer distinguida. Beatriz en escena, todo lo contrario, está bastante desaliñada y termina de secarse la cabeza, tiene una toalla en las manos. Son dos imágenes estáticas que dejan de mirarse, la una frente a la otra, madre e hija, después de diecisiete años de separación. La escena va iluminándose lentamente. Se sugiere que se establezcan dos lenguajes paralelos. Deben enfrentarse el realismo del texto con el recuerdo y el pasado de ambas. El presente y la memoria. En escena hay un ruedo de periódicos que crea el centro de acción. Hay barcos de papel. Es un ambiente desordenado).

Sofía: Ayer me tiré las cartas. *(Suena el teléfono. Beatriz va hacia él).*

Beatriz: *(Al teléfono)* ¿Sí...? Un momento... *(A Sofía)* Parece que la única que no sabía que tú venías era yo.

(Sofía avanza hacia la escena. Beatriz va hacia ella, parece que se abrazarán pero no se tocan).

Sofía: Aló... Sí cariño, llegué bien... Muy buen viaje, si... ¿Las cosas...? ...Y no sé, todavía no he podido ni mirar... Parecen iguales... Bueno, iguales no, pero... Es que... Sí, acabo de llegar... Bueno, casi no he llegado... Sí, fue ella la que salió, claro... Yo se lo digo... No sé... hay algunos anuncios, si... Si, lo mismo que nos habían dicho... Sí, está flaca, ...pero ella siempre fue flaca no hay que estar pensando... Si mi amor, yo sé que ya me estás extrañando.

Pero tienes que ser fuerte, sólo son quince días... Yo también. Lo mismo para ti... Bye... bye... Un besito.

(Sofía permanece de pie con el auricular en la mano sin saber qué hacer).

Beatriz: Por favor, cuelga el teléfono. Estoy esperando una llamada. *(Sofía cuelga).*

Sofía: ¿Me puedo sentar? El viaje es corto pero cansa más que ir a Europa.

Beatriz: No sé, nunca he ido a Europa.

Sofía: Ah, es preciosa. No alcanza la vida para verla. ¿No tienes secador? *(Va a buscar en el bolso. La respuesta la detiene).*

Beatriz: Sí, pero pierdo más tiempo desenredando el cable que secándome el pelo. *(Suenan el teléfono).*

Beatriz: ¿Sí? Un momento...

Sofía: Aló... Oscarito, mi amor, no te preocupes, estoy bien... Sí, fue ella la que te salió otra vez. Claro que voy a pensar en ti. Sí, cariño, tú verás que estos quince días pasan volando. Sí, ¿Rolando no está contigo ahí? Yo también le mando un beso a él. Bueno, corazón, otro para ti. Sí, yo también... Ok... bye... bye... Sí, bye...

(Sofía se queda con el auricular descolgado).

Beatriz: Por favor, cuelga el teléfono que estoy esperando una llamada. *(Sofía cuelga).*

Sofía: Es que no se acostumbra a estar sin mí, pobrecito. Aquella vez casi me lo encuentro sin un pelo en la cabeza y sólo fueron veintidós días.

(Suenan el teléfono. Sofía inconscientemente lo coge pensando que es Oscarito otra vez).

Sofía: Aló. No, es decir, sí, un momento... Es para ti.

Beatriz: ¿Sí...? Bien... *(Es una llamada que le agrada)* Ahora no puedo... No. No me pasa nada. De verdad que no... Sí... ¿Me puedes llamar después?... ¿Visita...? Sí, tengo visita. Mi mamá acaba de llegar de Miami... Así. Bueno, sí, no me dejes de llamar.

(Cuelga el teléfono).

Sofía: Sí, después de diecisiete años, una mamá puede llegar a ser visita.

Beatriz: ¿Cómo encontraste la casa?

Sofía: Preguntando y preguntando se llega a Roma.

Beatriz: Esto no es Roma.

(Sofía no sabe cómo continuar la conversación y decide deshacer el ruedo de periódicos).

Sofía: Bueno, Cuquita, la hija de Machito Pérez, no sé si te acuerdas, ahora está casada con un pastor por la paz que estuvo aquí en una de esas caravanas y él se encontró con Blanca Carrasco, la que era mujer de Rafael Valdés, el de Matanzas, que le mandaba un dinero, y fue ella la que le dijo que te habías mudado para acá.

(Beatriz la detiene. Tras una pausita, emprende la acción contraria. Se produce un diálogo insustancial que busca revivir cualquier escena cotidiana del pasado para sentir que nada ha cambiado pero las dos saben que nada está en orden).

Sofía: Blanca Carrasco está muy mal, la pobre, no deja de llamar a Rafael y pedirle que la ayude, pero Rafael ya está también bastante viejo y no puede... Tú te acuerdas de Blanca Carrasco, ¿no?

Beatriz: Sí, la verdad es que no sé cómo esa vieja tiene la poca vergüenza de llamar al pobre Rafael para que le mande dinero ni nada, con todos los tarros que le pegó durante toda la vida.

Sofía: Mira, te digo yo que nunca nadie tuvo la certeza de que Blanca Carrasco le pegara los tarros a Rafael Valdés.

Beatriz: Bueno, toda Matanzas dijo que el pobre Rafael Valdés se había ido huyendo de los tarros de Blanca Carrasco.

Sofía: Ay chica, pero la gente también habla mucha mierda y en un final, Rafael Valdés no ha dejado de escribirle a Blanca Carrasco ni de mandarle las pastillas para la osteoporosis.

Beatriz: Allá Rafael Valdés...

(Beatriz detiene la acción y decide que no va a caer en la trampa del pasado. Sofía mantiene su objetivo).

Sofía: El caso es que Blanca Carrasco se pasa el tiempo llamando a la hermana de Rafael Valdés para contarle sus tragedias y sus dolores de huesos y a la hermana de Rafael le da pena y cada vez que habla con él le pide que no abandone a Blanca Carrasco en su desgracia y que... la perdone. *(Sofía tiene todo el ruedo de periódicos en sus manos).*

Beatriz: ¿A estas alturas? Blanca Carrasco debe tener como setenta y cinco años y Rafael Valdés como ochenta y dos.

Sofía: El perdón no tiene edad.

Beatriz: No, la que no tiene edad es la culpa. *(Suenan el teléfono).*

Beatriz: ¿Sí? *(Pasa el teléfono a Sofía)* Blanca Carrasco...

Sofía: ¿Aló? ¡¿Blanca Carrasco...?! ¡¿Cómo tú estás, muchachita?! Sí... No... Bueno, en realidad Rafael Valdés quedó en pasar por casa pero, esto fue tan rápido que parece que no le dio tiempo... No... Claro, menos mal, hija... No, pero él sabe lo de la osteoporosis

tuya... sí, también sabe lo de la vesícula. Sí, él sabe todo eso. Bueno, él está bien dentro de lo que cabe, ya son ochenta y pico de años. Bueno, no te preocupes, yo le digo a Rafael Valdés... Sí, quince días. Ok, ok. *(Cuelga)* ¡Pobre Rafael Valdés!

Beatriz: ¿A qué viniste?

Sofía: Blanca Carrasco lo tiene seco...

Beatriz: ¿A qué viniste?

Sofía: A verte... Tu hermano Oscarito también hubiera querido venir pero le daba miedo.

Beatriz: ¿Miedo a qué?

Sofía: Me imagino que miedo a que no lo dejaran volver a salir... no sé. Oscarito siempre ha sido un infeliz... Y de lo que yo me alegro porque, mi hijita, este aeropuerto está lleno de militares de un extremo al otro. *(Silencio)*. Bueno, te juro que no vine a hablar de política...

Beatriz: ¿Y de qué viniste a hablar?

Sofía: *(Buscando paz)* Por favor, Beatriz...

Beatriz: ¿Quieres café?

Sofía: Te traje un paquete grande.

Beatriz: Yo tengo. *(Sale. Sofía se queda sola. Suela el teléfono. Por primera vez deja ver su cansancio y su tristeza. Niosabe cómo acercarse a Beatriz)*.

Sofía: ¡Está sonando el teléfono!

Beatriz: *(En off, fuera de la escena)* Yo lo cojo por aquí. *(Sofía después de unos segundos levanta el auricular del teléfono suavemente y escucha. Es la misma voz que llamó antes)*.

Beatriz: *(En off)* ¡Estoy hablando!

Sofía: *(Cuelga rápido)* Discúlpame, pensé que habías terminado... *(Beatriz entra con café, un termo, y un mate. Al ver a Sofía husmeando en sus cosas le deja la taza de café sobre la mesita del teléfono y se aleja)*.

Sofía: No me di cuenta que estabas hablando. Es que necesito hacer algunas llamadas porque tengo que entregar cartas y... ¿Qué es eso que estás tomando en esa cosa?

Beatriz: Mate.

Sofía: ¿Droga?

Beatriz: No, mate.

Sofía: ¿Eso es esa cosa que toman los argentinos?

Beatriz: Sí.

Sofía: ¿Y a qué sabe?

Beatriz: Es amargo. ¿Quieres probarlo?

Sofía: No, Dios me ampare, meterme la cachimba amarga esa en la boca. ¿Conociste a algún argentino?

Beatriz: No, estuve trabajando seis meses en Montevideo.

Sofía: ¿En Montevideo, Uruguay?

Beatriz: Sí.

Sofía: ¡Mi hijita, y en seis meses no tuviste tiempo de darte cuenta que cualquier cosa es mejor que esta porquería! *(Silencio)* Beatriz, yo me fui por tu hermano... Tu hermano no puede vivir sin mí...

Beatriz: Mi hermano...

Sofía: Ese muchacho está enfermo, mi hijita. Si yo no me hubiera ido detrás de él, se hubiera muerto.

Beatriz: Pero, cuando arrancó para la Embajada del Perú, ni tú te enteraste.

Sofía: Dice que él pensaba llamarme desde allá adentro.

Beatriz: Mira, mami...

Sofía: Gracias por decirme mami. *(Pausa)*.

Beatriz: Mira... Oscarito es tan cobarde y tan maricón...

Sofía: *(La interrumpe dramáticamente)* ¡No digas esa palabra, Beatriz, por Dios! ¡Calla esa boca!

Beatriz: Bueno... Oscarito es tan Oscarito, que ni siquiera decidí meterse en la Embajada a tiempo y, como cuando llegó, ya estaba acordonada y lo cogieron preso, debe haberse acordado hasta de la hora en que nació.

Sofía: ¿Y qué querías que yo hiciera? ¿Qué lo abandonara después de todo lo que había pasado? *(En voz baja, insultada y confidencial)* Dice que le entraron a golpes, entre otras cosas... por ser como es. Fue una experiencia horrible para ese pobre muchacho. *(Silencio)*.

Beatriz: Y bueno, qué importa por qué te fuiste. No me vas a decir, a estas alturas, que viniste a hacerme el cuento de la Embajada del Perú y a explicarme que no tuviste otra cosa que hacer con tu vida y la de Oscarito.

Sofía: Sí.

Beatriz: ¿Sí, qué?

Sofía: Que no he dejado de pensar en ti, ni un minuto, en todos estos años. *(Silencio)*.

Sofía: Nunca dejé de rezar por ti. Nunca dejé de escribirte... Hasta que me di cuenta de que jamás me ibas a responder.

Beatriz: Mira que te costó trabajo darte cuenta de algo tan evidente, Sofía.

Sofía: Y cuando te mudaste, estuve rastreando este teléfono por todo Miami hasta que no sé quién me lo dio.

Beatriz: Anjá, y se suponía que cada vez que sonaba el teléfono a las once de la noche yo debía hablarte y decirte que te extrañaba mucho y qué mierda de gobiernos estos que nos tienen separados y qué bueno que estás ahí.

Sofía: Coño, pero, al menos, podías haberme dicho que no estaba equivocada, que estaba llamando al teléfono correcto, podías mandarme para el carajo y decirme que no te llamara más. ¿Era eso mucho pedir, Beatriz?

Beatriz: Sí. Era mucho pedir. Todo lo que revuelve la mierda hay que evitarlo.

Sofía: Una noche llamé tres veces seguidas y dejaste descolgado el teléfono. No me lo vas a creer, pero estuve escuchando los sonidos de esta casa casi quince minutos. Pagué quince minutos de silencio por imaginarme qué hacías del otro lado.

Beatriz: ¡Ya! No vas a hacer que me sienta culpable por no querer saber nada de ustedes. Carajo, Sofía, mi alma es buena, muy buena, porque si yo lo pienso bien...

Sofía: Termina. *(Silencio)*.

Sofía: Dilo... No se puede ser tan duro en la vida, Beatriz. No se puede ser tan duro, mi hijita, porque la vida es más corta de lo que uno se imagina.

Beatriz: ¿Y qué sabes tú de todo lo que yo pasé? ¿Qué sabes tú? ¿De qué sirven las plegarias y los rezos cuando uno no tiene a quién decirle ¡me estoy muriendo, coño, me estoy muriendo!

Sofía: Ay hija, por Dios...

Beatriz: Dios, justamente Dios, no se acordó de mi ni se acordó de mucha gente. A veces no se sabe de qué parte está Dios.

Sofía: Dios siempre está de parte de los buenos.

Beatriz: ¿Y quiénes son los buenos? *(Silencio)*.

Sofía: Creo que no me vas a perdonar nunca.

Beatriz: Sinceramente, ya no se trata de perdonarte o no, es peor, uno extraña lo que necesita y cuida lo que le hace bien, y ya ni tú ni Oscarito están incluidos en esos dos grupos.

Sofía: ¿Tanto mal te hice, Beatriz?

Beatriz: Me mataste, mami. Me mataste.

Sofía: No me digas eso.

Beatriz: Te das cuenta que ni siquiera eres consciente de lo que a mí me pudo doler que en media noche me cambiara la vida. ¿Tú no

te acuerdas de aquella noche, mami? Dime la verdad ¿tú no eres capaz de acordarte de aquella noche?

Sofía: No sé... lo tengo todo muy confuso.

Beatriz: Y en medio de todos los rezos que hiciste por mí tuviste miedo que Dios se enterara de que sonó el teléfono, soltaste los cubiertos... Me acuerdo que te estabas comiendo una croqueta con tres ruedas de pepino... Agarraste, sin decirme nada, el primer maletín que te encontraste y empezaste a meter cosas con la mirada fija... Cerraste el maletín y, simplemente, me dijiste, tu hermano fue el que llamó, llegó a Miami, mañana me viene a buscar un amigo por el Mariel... Y ya. Así de simple.

Sofía: Yo te dije que te fueras conmigo, que Oscarito me había dicho...

Beatriz: ¿Que Oscarito te había dicho qué? Primero, me dijiste que me fuera contigo casi tres horas después de toda tu recogida y segunda, estoy segura de que Oscarito nunca mencionó la posibilidad de que yo también me fuera. Para Oscarito yo nunca debía haber nacido.

Sofía: No digas esas cosas. Oscarito te quiere mucho.

Beatriz: Bueno, no sé si ahora me querrá mucho porque no me ve nunca pero cuando éramos niños, quería verme muerta, y mira que a mí me gustaba jugar con Oscarito y mira que yo disfrutaba cuando estaba para mí y me hacía cuentos.

Sofía: Las cosas no eran así, Beatriz.

Beatriz: No, tienes razón, las cosas nunca fueron como yo decía.

Sofía: No era así.

Beatriz: ¿Y cómo eran?

Sofía: Tú siempre pensaste que yo quería más a tu hermano.

Beatriz: Y no era verdad.

Sofía: A los hijos se les quiere por igual.

Beatriz: Por favor, no hablemos de eso... Y como si fuera poco, tu hijito del alma se ponía a mortificarme, yo empezaba a llorar y en lugar de regañar a Oscarito me pedías a mí que no llorara y que entendiera que lo único que él estaba haciendo era jugando conmigo. ¡Qué manera de jugar, carijo!

Sofía: Ay, mi hijita, tú no eres feliz. El rencor no te deja vivir.

Beatriz: ¿Feliz? Sí, mami, por suerte, desde hace muchos años soy una persona muy feliz y te juro que no sé ni por qué estoy sacando todas estas cosas porque, al final, no me importa ni hablarlas.

Después de eso, la vida me enseñó que podían existir cosas peores y mejores.

Sofía: Bien, Beatriz, a dónde me quieres llevar. ¿Quieres que me sienta una mierda de madre? ¿Quieres que me arrepienta de haber venido? No creas que no lo pensé más de cien veces antes de sacar el billete de avión... Pero te juro que, pase lo que pase entre nosotras y me digas lo que me digas, cada vez me siento mejor de haberlo hecho.

Beatriz: Suerte que tienen algunas personas de seguir viviendo hagan lo que hagan.

Sofía: Qué dura eres, mi hijita, qué dura eres. Pero, déjame hacerte una pregunta: ¿si en lugar de tres horas después de la llamada de tu hermano, te hubiera dicho que te fueras conmigo colgando el teléfono, te hubieras ido?

(Suena el teléfono. Ninguna de las dos lo coge. No dejan de mirarse, por fin Beatriz va al teléfono).

Beatriz: Sí... Un momento... *(Le pasa el teléfono a Sofía).*

Sofía: ¿Quién es ahora?

Beatriz: Blanca Carrasco.

Sofía: Me cago en ella, carajo, que manera de joder... Aló... Dime Blanca. Aquí... bien, conversando, imagínate, después de tanto tiempo. Sí... No... No, Blanca, la verdad es que yo no sé de nadie que venga para acá en estos días. Bueno, si Rafael Valdés te dijo que te iba a mandar el dinero, seguro que en cualquier momento te llega. Sí, mi hijita, yo sé que no es fácil lo que están pasando. Sí, seguro que Oscarito me llama en estos días y sí, yo le digo que le diga a Rafael Valdés que sólo te quedan diez pastillas. Bueno... no... no tengas pena. No, hija, por Dios, es lo menos que... Yo le digo, sí. Él también... Bye, si, bye... *(Cuelga).*

Beatriz: Me voy a bañar.

Sofía: Te hice una pregunta. Aquí todo el mundo tiene su mierda encima. Te juro que yo estoy tratando de sacarme toda la mía, te pido que tú hagas lo mismo.

Beatriz: Ahora me voy a bañar.

Sofía: Te puedes bañar después. Quiero que me respondas si te hubieras ido conmigo aquel día.

Beatriz: Si tú supieras, es verdad, quizás aquella noche te hubiera dicho que no, que no me iba. Qué importa por qué... tenía un millón de razones y tú tenías una sola. Pero después pasaron cosas muy

duras, y tuve ganas de estar a mil leguas de este país. Esas no te las voy a decir ahora porque no te va a ser fácil escucharlas.

Sofía: Dímelo todo.

Beatriz: Tranquila, mami, tranquila. Llevas casi veinte años sin hablar conmigo, no quieras saberlo todo en tres horas. Despacio. *(Beatriz emprende la salida).*

Sofía: ¿Fue verdad lo de la Universidad?

Beatriz: No quiero hablar de eso.

Sofía: ¿De qué quieres hablar?

Beatriz: No quiero hablar de nada. En realidad, tenía un plan para esta noche.

Sofía: Me lo puedo imaginar. Discúlpame por haber llegado sin avisarte.

Beatriz: Eso es algo tan típico en nuestra familia que ni siquiera me molesta. Nos encanta el factor sorpresa. Mira, mami, no quiero hablar porque esos años todavía me duelen como si me hubieran caído a patadas por la espalda durante veinticuatro horas seguidas y me temblaron las manos y por poco te llamo y te digo que me sacaras de toda aquella mierda, pero pensé que tampoco esa era la solución. ¿Qué sabes tú de esa historia de la Universidad?

Sofía: Yo nunca lo creí.

Beatriz: ¿Qué no creíste?

Sofía: Lo que llegó allá de por qué querían expulsarte.

Beatriz: ¿Qué llegó allá?

Sofía: Que... que eras... bueno, que tú y una...

Beatriz: Que era homosexual.

Sofía: No sabes cuánto yo recé, mi hijita. Dios tiene que haberme escuchado porque al final no te botaron y pudiste graduarte y Dios y yo sabíamos que todo era una injusticia y la envidia de todos los hijos de puta que te acusaron porque eras uno de los primeros expedientes y que estaban buscando enterrarte en vida para...

Beatriz: Sí, en aquel momento, no era verdad. Ahora sí.

(Sofía se queda sin habla. No quiere entender lo que dice la hija, y no sabe cómo enfrentar la información).

Sofía: ¿Ahora sí, qué?

Beatriz: Que ahora sí.

Sofía: ¿Ahora sí volviste a la universidad?

Beatriz: No, ahora si es verdad lo que dijeron los hijos de puta de la universidad.

Sofía: Que te envidiaban y todas esas cosas, y que eras el primer expediente y seguro se disculparon contigo y estás en...

Beatriz: Me voy a bañar.

Sofía: No me digas más que te vas a bañar y dime...

Beatriz: Tengo una amiga, mami. Tengo una amiga siquiatra que me ha ayudado mucho. Si no hubiera sido por ella, a estas alturas, quizás estaría muerta.

Sofía: Ay, santo cielo, menos mal...

Beatriz: Ella me acompaña desde hace diez años y creo que es la única persona en el mundo a quien de verdad le intereso.

Sofía: ¿Y la puedes ver todas las semanas?

Beatriz: Nos vemos casi todos los días. Ella también tiene mucho trabajo y además tiene dos hijos.

Sofía: ¿Y te cobra muy caro? Porque allá un terapeuta puede salir más caro que un alquiler.

Beatriz: Te estoy diciendo que tengo una amiga.

Sofía: Ya lo sé, y que es siquiatra ¿Cómo se llama?

Beatriz: Rosario.

Sofía: Rosario, ese nombre me gusta. Tu bisabuela por parte de padre se llamaba Rosario pero no era siquiatra, pobrecita, era alcohólica.

Beatriz: Le dicen Goya.

Sofía: ¿Goya?

Beatriz: Sí, unos amigos le pusieron Goya porque es muy bonita. Bueno, ahora sí me voy a bañar.

Sofía: Siéntate ahí, Beatriz. No entiendo nada. ¿Cómo a una siquiatra de esa categoría le pueden decir Goya?

(Suena el teléfono. Sofía lo coge).

Sofía: *(Al teléfono)* Aló... ¿De parte? *(Tapa con la mano la boca del teléfono, un poco asustada)* Es Goya ...

Beatriz: *(Al auricular)* Dime... Sí, entonces yo te llamo. Sí, por supuesto que la vas a conocer... Diles que yo también hubiera querido ir, que les mando un beso. O llama tú cuando regreses. Como quieras... Bueno. *(Cuelga. Silencio).*

Sofía: Dime una cosa Betty, ¿esa Goya no fue la que te llamó hace un rato?

Beatriz: Claro, mami. Es la única Goya que hay.

Sofía: ¿Y para qué te llamó ahora otra vez?

Beatriz: Porque esta noche nos íbamos a reunir en casa de unos amigos de ella.

Sofía: Es decir, para yo entender, ninguna de las dos llamadas tienen que ver con la sicoterapia que ella te da.

Beatriz: ¿Qué sicoterapia, Sofía?

Sofía: ¿¡Mi hijita, de qué estamos hablando!? ¿La Goya es tu siquiatra o no es tu siquiatra...?

Beatriz: Mami, cuántas veces te voy a repetir que Rosario es mi amiga.

Sofía: *(Sin saber qué decir y tratando de ordenarse)* ¿Rosario tiene dos hijos o no tiene dos hijos?

Beatriz: Tiene dos hijos, uno de doce años y otro de quince.

Sofía: Y me imagino que los hijos no los haya tenido por obra y gracia del Espíritu Santo. También tendrá un marido.

Beatriz: Sí, absolutamente lógico. Estuvo casada hasta hace diez años.

Sofía: Cuando empezó tu sicoterapia.

Beatriz: Yo nunca he sido paciente de Rosario.

(Un guaguancó invade rítmicamente la escena. Sofía intenta exponer su desconcierto, Beatriz sus razones. No lo logran).

Sofía: Dame una coca cola.

Beatriz: ¿Aquí, coca cola? Habría que salir a buscarla.

Sofía: Beatriz, ¿quién es Goya?

Beatriz: Un pintor español.

Sofía: ¡¿Beatriz, carajo, quién es Goya?!
Beatriz: Bien, ya que no quieres entender, Rosario es para mí lo que es Rolando para tu hijo Oscarito. *(Silencio).*

Sofía: Dios mío, pero ¿qué fue lo que pasó en esta familia con lo puta que yo siempre fui y lo macho que era tu padre?

(Suena el teléfono. Sofía lo coge inmediatamente).

Sofía: ¡Dígame! Aló, aló... ¡Dime, Oscarito! No, no me pasa nada.

Dime rápido, qué quieres... ¿Y qué es lo que quiere Rafael Valdés que yo le diga a Blanca Carrasco...? Que la llame él y se lo diga.

No, no, dile que no. No, si Blanca Carrasco no ha dejado de llamarme desde que yo llegué. Sí, además dile, que ella si está esperando el dinero... Pero yo tampoco sé quién es. Bueno la próxima vez que te llame Rafael Valdés, le dices que no pudiste hablar conmigo, y ya... hasta luego, Oscarito. *(Cuelga).*

Sofía: Creo que la que va a tener que ser paciente de Goya soy yo.

(Beatriz va a salir).

Sofía: ¡Beatriz!

Beatriz: Dime...

Sofía: *(Cómicamente dramática)* Estoy destruida. Resulta que, en lugar de uno, tengo dos hijos enfermos.

Beatriz: ¿Enfermos de qué, mami?

Sofía: Enfermos de sexo, mi hijita, enfermos de sexo y de lujuria.

Beatriz: Mira, yo no sé si Oscarito estará enfermo, entre otras cosas, por culpa tuya, porque lo hiciste un infeliz dependiente, que ahora debe ser un tremendo comemierda con la edad que tiene, pero lo que si te puedo asegurar es que su enfermedad no tiene nada que ver con el sexo.

Sofía: *(Sofía va hacia Beatriz)* ¡Pero, Dios, mírame, no me abandones en un momento como éste...! Yo te pregunto Beatriz, cómo si esa Rosario que le dicen Goya fue capaz de tener dos hijos ahora es capaz de tener... ¡Silencio, Dios, silencio, no me dejes decir cosas feas!

Beatriz: Sofía, controla la histeria que no es para tanto.

Sofía: ¿Qué no es para tanto? ¡No es para tanto tener dos hijos equivocados del camino de la naturaleza sabia y prudente! Porque la naturaleza sabe lo que hace, esa sí no se equivoca. No es por gusto que los niños tienen lo que tienen y las niñas, la otra cosa.

Beatriz: Pero Sofía, es que las cosas no son así como tú las estás pintando.

Sofía: Escúchame bien. Escucha esto que te voy a preguntar. Concéntrate y no pienses en otra cosa. Concéntrate bien. ¿Tú nunca te has enamorado de un hombre?

Beatriz: Sí.

Sofía: ¿Y entonces, mi hijita? ¿No te pareció lindo, no te pareció... bueno no te pareció rico?

Beatriz: Sí, mami, y la pasé muy bien, pero qué quieres que te diga. El amor está más allá de los sexos.

Sofía: Mira, Beatriz, ¡vete al carajo con esas teorías! Los hombres son para las mujeres y las mujeres para los hombres.

Beatriz: ¡Coño, pero escúchame tú también a mí! Te cuesta demasiado trabajo entender que yo me pueda enamorar de una persona porque me gusta su cabeza o su alma, o su inteligencia y que esto no tiene nada que ver con que sea una mujer o un hombre. ¿Eso es algo que te cuesta tanto trabajo? Rosario tuvo un matrimonio muy feliz y un día se le acabó, luego nos conocimos y se enamoró de mí.

Sofía: *(La mira fijo tratando de desentrañarlo todo)* A ver si yo entiendo, Beatriz... ¿Quiere decir que si ahora, vamos a suponer y

Dios lo quiera... lo de la Rosario se acaba y yo te presento a Robert Redford, el de Nuestros Años Felices, tú te enamorarías de él?

Beatriz: Sí, claro, o de Barbra Streinsand. *(Suena el teléfono. Beatriz coge el teléfono).*

Beatriz: Sí... Ah, ¿cómo está? Sí... no, no, un momento.

Sofía: *(Por imaginarse que es Blanca Carrasco)* Yo no puedo creerlo *(Agarra el teléfono con resignación)* Dime Blanca Carrasco... Rafael Valdés llamó a Oscarito... porque me llamó a mí hace unos minutos... No, Rafael no, Oscarito... ¿Qué va a hacer Rafael Valdés llamándome a mí, Blanca, tú estás boba? Y yo qué sé. Seguro que Rafael te llama esta noche porque yo le dije a Oscarito que le dijera. Sí, cuelga que seguro está al llamarte... Bueno, mi hija... lo mismo para ti... No, no, no tengas pena... Bueno. *(Cuelga).*

Beatriz: Me voy a bañar. *(Vuelve a detenerla Sofía).*

Sofía: *(Melodramática)* Beatriz, Beatriz... Entonces, hijita mía, ¿eres feliz?

Beatriz: Mucho.

(Sofía busca en su silencio. Encuentra un tejido que hace que las dos se transporten al pasado. Esto las une en imágenes evocadoras de sueños que tejieron juntas y que culmina con la imagen de la novia. Silencio).

Sofía: ¿Mucho? *(Beatriz asiente y se quita el velo).*

Sofía: Si Dios escucha esto, seguro se espanta.

Beatriz: Si yo fuera Dios, hubiera perdido ya la capacidad de espantarme.

Sofía: Bueno, también eso es verdad. Pero, ¿de verdad que se puede ser feliz, así, de esa forma?

Beatriz: El amor es amor como quiera que lo pongan, mami.

Sofía: Bueno, si de amor estamos hablando. Es verdad que el amor es lindo. Mi hijita, y tú que tienes esa experiencia... perdóname que te pregunte pero ¿y Oscarito, también será feliz?

(Beatriz abandona el tejido y va a sus barcos de papel).

Beatriz: No puedo saberlo.

Sofía: No, no lo es. Como tampoco nunca lo fui yo a partir de un momento.

Beatriz: Tú sabrás.

Sofía: Sí, es verdad. Yo sabré, como lo sabemos casi todos los que caminamos por un lugar que no es el de uno y que no lo será nunca, aunque sea lindo y te sirva de casa para toda la vida.

Beatriz: Me imagino.

Sofía: No creo que puedas.

Beatriz: Tú siempre te reíste mucho.

Sofía: Reírse no es ser feliz. ¿Me veo muy vieja?

Beatriz: *(Se acerca a Sofía con un barco en las manos)* Siempre fuiste muy linda. Yo quería ser como tú. Me acuerdo que en el Pre, todos los varones me decían qué linda es tu mamá... Y nunca me lo dijeron a mí. *(Un sonido de olas penetra la escena tímidamente. Sofía mira el barco).*

Beatriz: Cuando te fuiste, fue muy extraño... Sólo me quedaron tus fotos... Ahí nadie envejece. Tampoco, en el recuerdo.

Sofía: El viaje para Miami fue horrible. *(Silencio).*

Beatriz: Yo te vi. *(Sofía se sorprende).*

Beatriz: Yo estaba cerca del puerto del Mariel aquella tarde.

Sofía: ¿Te ibas?

Beatriz: No, quería ver cómo te ibas tú. ¿Es difícil ver eso, sabes? En realidad, era difícil verlo todo. Era difícil ver cómo se iban hasta los que uno no conocía y era muy extraño ver a los que llegaban, que se habían ido antes, tocar por unas horas las costas de Cuba. Estamos tan cerca y a la vez tan lejos. Un poco de agua por el medio, y ya.

Sofía: ¿Me viste de verdad?

Beatriz: Sí... y pensé que sólo por Oscarito pasabas por lo que estabas pasando.

Sofía: Me sentí una cucaracha. El amigo de Oscarito, junto con su familia, se llevó a tres presos... Uno de ellos estaba borracho de asco y se la pasó todo el tiempo cayéndome arriba... Cuando empezó a alejarse el yate tuve miedo... De pronto todos se callaron, hasta el borracho. Y nos quedamos en silencio. Hay un momento en que dejas de ver las costas de aquí y tampoco se ven las de allá... Lloré mucho. En ese momento lloré por mí... Y ya han pasado diecisiete años...

Beatriz: Yo también lloré mucho, mami. Y estuve mucho tiempo cerca del puerto mirando a la gente. Vi como tu yate se alejaba hasta que desapareció y entonces lloré más... me quedaba totalmente sola... Hasta tuve la esperanza de que regresaras antes del anochecer...

Sofía: Perdóname, mi hijita.

Beatriz: ¿Y eso de qué sirve?

Sofía: Igual quiero que me perdones.

Beatriz: ¡Qué sola, mami, qué sola estuve!

Sofía: Yo lo sé... Todos estamos solos.

Beatriz: Sí, es verdad. Pero algunos están más solos que otros.

Sofía: Beatriz, no sigas...

Beatriz: Me está haciendo mucho bien decirte todo esto.

Sofía: Sigue...

Beatriz: Estuve dos días sin entrar a la casa... La gente en el barrio pensaba que yo también me iba y nadie entendía nada y todo el mundo quería preguntarme y por poco me saco un acto de repudio... Después me convertí en el personaje al que los vecinos le tenían lástima y cada rato me regalaban una panetelita o un poco de frijoles negros... hasta un día, que vinieron a buscarme para caerle a huevazos a no sé quién que se iba y yo dije que yo no entraba en eso. Entonces el de vigilancia me dijo que yo llevaba la traición en la sangre.

Sofía: Y qué le dijiste a ese hijo de puta.

Beatriz: Nada. El hijo de puta, hace seis meses se sacó el bombo y se fue con toda la familia. Sí, fueron días muy feos.

Sofía: Lo sé mi hijita. Lo sé. Hasta yo te abandoné. El peor exilio es el del alma. Yo sé que ya no soy igual. Tengo arrugas, como digo yo, arrugas de exilio y de noches sin dormir. Te he extrañado mucho Beatriz... y he dormido poco.

Beatriz: Es verdad que estás más vieja, pero te ves muy bien. Yo creo que yo me veo más vieja que tú.

Sofía: No sé, yo te veo muy linda. Con los pelitos parados como siempre pero... linda. Esos muchachos del Pre estaban ciegos.

(Suena el teléfono. Se crea un tiempo de respeto y paz entre las dos. Sofía descuelga el teléfono y se lo pasa a Beatriz para que sea ella quien responda la llamada).

Beatriz: ¿Sí? Dime... *(Sofía la mira, ya sabe que es Rosario. Se aleja un poco respetando la intimidad de Beatriz)* Qué bueno... No, no es necesario. Ten cuidado con la bebida y el timón... ¿Y por qué tu hijo mayor no te acompaña? Si, no te preocupes. Yo también. Bueno. *(Cuelga).*

Sofía: ¿La quieres mucho?

(La posible respuesta es interrumpida por el timbre del teléfono).

Beatriz: ¿Sí? Un momento.

Sofía: ¿Aló? ¡Blanca Carrasco? Sí, mi hija, dime... *(Ahora esta llamada se convierte en un vínculo de comunicación entre ellas).*

Sofía: ¿Que venía en el avión conmigo? Blanca, por tu madre, pero ¿cómo tú pretendes que yo sepa quién era la pasajera que se llamaba Cecilia Porra? No, yo no conozco a ninguna Porra de Matanzas. Yo sé, corazón, yo sé que tú no quieres molestarme. Sí, dime. Pero tú te imaginas cuánta gente canosa venía en ese avión. Sí, había una vieja con un sombrero, pero... sí, creo que sí... Pero no sé si esa era la Porra de Matanzas. ¿Y Rafael Valdés te dijo que te lo mandó con ella? ¿Y cuándo hablaste con Rafael? Ah, bueno, pero si él se lo dijo a su hermana seguro que la Cecilia Porra se va a poner en contacto contigo. Claro, tú sabes cómo es eso. Claro, claro. Bueno, bueno. *(Han quedado de espaldas en el juego escénico. Cuelga Sofía. Tras una pausa, se abrazan muy fuerte).*

Sofía: Gracias. *(El abrazo lo termina Beatriz pero Sofía permanece abrazada a ella).*

Sofía: Nunca fuiste muy cariñosa. Oscarito, sí. Pero yo sé que hay cariños más fuertes que un abrazo. No creas que no lo sé. *(Se separan).*

Beatriz: ¿Qué te dijeron las cartas?

Sofía: ¿Qué cartas?

Beatriz: Lo primero que me dijiste cuando llegaste era que ayer te habías tirado las cartas. *(Como siempre, Sofía propone su juego para evadir la verdadera razón de esta visita).*

Sofía: Ah, sí. ¿Crees en esas cosas?

Beatriz: Ya yo creo en cualquier cosa. Creer no duele. ¿Qué te dijeron? *(Sofía se pone algo nerviosa pero no pierde el control).*

Sofía: La verdad es que me salieron una cantidad de palos de esos amarrados y puñalitos desde un extremo al otro.

Beatriz: *(Muy interesada)* Yo creo que eso no es bueno.

Sofía: Eso le dije yo a esa señora cartomántica porque no había que saber de cartas para darse cuenta de que había demasiado palo junto. También había un carruaje de esos que dicen que vas a viajar. Yo me imagino que en este país las cartománticas pasen tremendo trabajo con eso de los carruajes porque, qué tú le dices a una persona que todavía tiene que pasar por inmigración.

Beatriz: ¿Qué te dijo?

Sofía: ¿Tú te has consultado alguna vez?

Beatriz: Sí. Un día, por allá por Guanabacoa, Rosario me llevó a una señora que ella conocía desde jovencita.

Sofía: ¿Pero fuiste por algo en particular o por enterarte de cómo era eso?

Beatriz: No, fui porque Rosario decía que yo tenía que tener hecho algún daño porque nada me salía bien.

Sofía: ¿Y qué te dijo?

Beatriz: Que tenía hecho un daño.

Sofía: Pero entonces Goya también le mete.

Beatriz: No, mami, que va a saber Rosario de nada de eso.

Sofía: *(Confidencial)* En su casa tú no has visto guerreros y esas cosas...

Beatriz: Ay, mami, por Dios.

Sofía: Mira que eso se esconde en cualquier lugar, se atiende y funciona.

Beatriz: Te veo muy empapada en el asunto, antes tu no creías en nada.

Sofía: Cuando se pierde la esperanza se empieza a creer en todo y si no, mira cómo anda el mundo y te darás cuenta.

(Se va la luz. Apagón total. Esta unidad del apagón debe ser muy rápida hasta los silencios indicados. Se escuchan gotas de agua).

Sofía: ¡Ay, Dios del cielo! ¡¿Qué es esto, un asalto?!

Beatriz: Sofía no te me hagas la de Miami que tu vivías aquí en el año setenta y buenos apagones que te metiste.

Sofía: Te dije que no quiero hablar de política y menos de esos millones. ¡Busca una linterna por tu madre que esto me da claustrofobia!

Beatriz: Mami, cálmate, la claustrofobia da por encierro y aquí lo único que ha pasado es que se fue la luz.

Sofía: ¡Carijo, te digo que busques una linterna!

Beatriz: ¡Carajo, que en esta casa no hay linterna!

Sofía: ¿Pero cómo puede existir una casa sin linterna a las puertas del siglo veintiuno?

Beatriz: Mami, por dónde tú andas...

Sofía: No fui yo. Yo no me he movido de donde estoy. Cierra la puerta Beatriz, busca una pistola. Hay un asaltante dentro de la casa. ¡Auxilio!

Beatriz: ¡Sofía, contrólate! La puerta no está abierta y aquí no hay pistola, lo único que tengo por ahí es un machete que casi no tiene filo.

Sofía: *(Fuera de sí)* ¡Chica, y en este lugar no hay ni una maldita vela! *(Asustada)* Beatriz, yo siento que algo me está haciendo cosquillitas en las piernas...

Beatriz: ¿Por dónde tú andas, mami?

Sofía: Beatriz, algo me está haciendo cosquillitas.

Beatriz: Pero no camines más, si no, no te encuentro.

Sofía: Ay, Beatriz, la cosquillita me sigue a todas partes.
(*Ronroneo de gato*).

Sofía: ¡Un gato! Ay Betty, espántalo, tú sabes que le tengo pánico a los gatos.

Beatriz: (*Al gato*) ¡Sal de aquí, Sebastián, sal! Es el gato de un pintor que vive en los altos. (*Silencio. Gotas de agua*).

Sofía: ¿Y hasta qué hora es esto?

Beatriz: No sé, hoy no tocaba. (*Silencio. Gotas de agua*).

Sofía: Caballero qué cosa más grande. Que en este país te toquen o no te toquen hasta los apagones. Mi hijita, de verdad que tú no tienes ni una vela por ahí.

Beatriz: Creo que queda una, pero está en la cocina.

Sofía: No, no, no, no te vayas. (*Silencio. Gotas de agua*).

Beatriz: No me has dicho qué te dijeron las cartas. (*Se ilumina la escena. Sofía en el centro, atrás, envuelta en el tejido como una momia. Sigue evadiendo*).

Beatriz: ¿Mami?

Sofía: Chica, no me lo vas a creer pero en un segundo me quedé rendida. Estuvimos como tres horas sin electricidad ¿no?
(*Beatriz la busca y la va despojando del tejido mientras la trae a proscenio y la enfrenta*).

Beatriz: Por suerte no llegó ni a diez minutos.

Sofía: Ay hija, por Dios, me parecieron diez años.

Beatriz: Dime la verdad, Sofía Fernández. ¿Por qué viniste a Cuba después de tantos años?
(*Sofía trata de sostenerle la mirada pero abandona. Beatriz le vuelve a buscar la mirada*).

Beatriz: ¿Qué pasa? Dímelo... (*Suena el timbre del teléfono. No dejan de mirarse luego Beatriz lo coge*).

Beatriz: ¿Sí? ¿Oigo? Ah... eres tú, Oscarito. Sí gracias. A mí también me gustaría verte. No, no me ha dado nada pero de todas formas te lo agradezco. No, tampoco he visto las fotos... Sí, seguro que ahorita me las enseña. Sí, espérate un momento... Otro para ti. Sí, me dio mucha alegría, sí, espérate...

Sofía: (*Al teléfono sin dejar de mirar a Beatriz. No dejan de mirarse*). Dime, mi niño. Ya sé que me extrañas mucho. Sí, ella también... Yo creo que debes venir tú mismo y decírselo. Claro que no te va a pasar nada. Sí, Oscarito... yo creo que debes volver pronto

a Cuba... Okey, mi corazón, okey... No, no le molesta, si quieres, antes de acostarte a dormir llama otra vez. Lo mismo para ti. Otro para ti... (*Cuelga. No se han dejado de mirar*).

Beatriz: ¿Quién se muere, Sofía? (*Suena el teléfono. Sofía lo coge para evitar la respuesta*).

Sofía: ¿Aló? Es para ti. Rosario. (*Le entrega el teléfono a Beatriz y se sienta de espaldas a ella*).

Beatriz: Dime Rosario... Qué bueno que la están pasando bien. Me alegre mucho. Nada, no pasa nada. No, no le molesta que llames. Te juro que no... Si quieres, antes de acostarte a dormir, llama otra vez para saber que llegaste sin problemas. Bueno. (*Cuelga*).

Beatriz: Te hice una pregunta, mami. (*Suena el teléfono. Beatriz lo coge*).

Beatriz: ¿Sí? Dígame Blanca, ¡cuánto me alegre! Ella se está bañando ahora pero yo se lo digo. Sí, sí, muy bien. Sí, muy contenta, imagínese, así mismo es... Claro. Bueno. Sí, llámela más tarde. No, no se preocupe. Bueno. (*Cuelga*).

Beatriz: La Porra la llamó desde Matanzas para decirle que le traía trescientos dólares que le manda Rafael Valdés y un tratamiento para la osteoporosis. (*Silencio*).

Beatriz: Bien, me voy a bañar.

Sofía: No, espera. Siéntate. Quería decirte que, de cualquier forma, hubiera venido a verte. Este viaje de regreso está en mi cabeza...

Beatriz: Yo sé que sufriste. No te tortures más, ni me tortures más a mí. (*Silencio*).

Sofía: Yo... (*Silencio*).

Sofía: Yo... (*Silencio*).

Beatriz: ¿Tú, qué?

Sofía: Oscarito no sabe nada.

Beatriz: ¿De qué estamos hablando Sofía?

Sofía: ¿Por qué no me dices, mami?

Beatriz: Quizás la falta de costumbre, pero igual...

Sofía: No sé qué hacer con tu hermano. Quiero que venga a verte lo más rápido posible y conversen y se digan todo lo que nunca se han dicho. Es verdad que es tremendo... maricón, pobrecito, pero es un ángel. Y ahora, lo que le queda por delante...

Beatriz: ¿De quién estamos hablando, mami?

Sofía: Y te juro que, al principio no se siente nada, y yo pensaba que el día que le decían a uno, oye, se acabó el show, uno se tiraba al piso, se halaba los pelos, quería envenenarse pero...

Beatriz: ¿Pero...?

Sofía: Lo que quiero que sepas es que nunca le tuve miedo a la muerte... Tengo cáncer. *(Silencio)*.

Beatriz: ¿Pero eso te lo dijeron las cartas o te lo dijo un médico?

Sofía: Me lo dijeron muchas pruebas que me tuve que hacer y mi médico. *(Silencio)*.

Beatriz: Pero es absurdo, te ves mejor que yo.

Sofía: No me queda mucho tiempo, Beatriz. Y no me quería ir de este mundo sin conversar contigo, sin decirte que te adoro, mi niña, y que ayudes a tu hermano.

Beatriz: ¿Qué me estás pidiendo, Sofía?

Sofía: Yo te podría reclamar, después le buscamos algún preso político a Goya para que se case y se lleve a sus hijos y viven todos juntos.

Beatriz: Sofía, mírame a los ojos. ¿Tú estás hablando en serio?

Sofía: Beatriz, ¿y qué vamos a hacer con Oscarito?

Beatriz: Es del carajo, mami... Es del carajo que al final de esta noche, que al final de esta noche...de tu primera noche después de diecisiete años... Que al final tu viaje a Cuba nada tenga que ver con tus deseos de verme y que lo que pretendas es que yo me ocupe de Oscarito para garantizar su protección, hasta después de tu muerte.

Sofía: No es así, Beatriz.

Beatriz: Carajo, Sofía... ¿Tú crees que yo soy de hierro? Te has pasado la vida cuidándole hasta el aire que respira a Oscarito. Si yo llegaba a las tres de la mañana de la calle te encontraba durmiendo, pero si Oscarito no estaba en casa a las diez y media estabas a punto de llamar a la policía.

Sofía: Tú siempre fuiste más fuerte que él.

Beatriz: De eso no me cabe la menor duda. Más fuerte que Oscarito es una flor de pascua. Y ahora tienes el valor de decirme que me vaya a cuidar a Oscarito. ¿Y quién me ha cuidado a mí? Dime, mami, ¿quién me cuidó a mí? Le llegó la hora a Oscarito. Nadie se muere por nadie.

Sofía: Ese niño me ha dicho que el día que yo no exista se suicida.

Beatriz: Pues que vaya preparando la cuchillita de afeitar.

Sofía: ¡Beatriz, ¿cómo puedes ser tan dura?! *(Silencio. Se miran)*.

Beatriz: Me hubiera muerto. ¿Y tú hubieras venido a cuidarme? ¿Y Oscarito hubiera venido a acompañarme? No, Sofía, no... Te juro que... te juro que me doy cuenta de que todavía te quiero. Me mataste con eso del cáncer... pero... no me pidas que me ocupe de

Oscarito porque no sería justo... Me ha costado mucho trabajo ordenar mi vida y no quiero dar ni un paso atrás... Cada uno en lo suyo y con lo que le tocó en este mundo.

Sofía: Cuánto daño te hice, mi hijita...

Beatriz: Sí, me hiciste mucho daño. Me enfermé. Estuvieron a punto de salirme lombrices y culebras por la boca y las orejas. Por suerte apareció Rosario, y algunos amigos que me ayudaron a curarme. Sí, Sofía, sí, me hicieron mucho daño... El peor de todos... el abandono.

Sofía: Te podrías haber ido conmigo, Beatriz... Te lo pedí tres horas después, pero te lo pedí...

Beatriz: ¿Y tú crees que yo podía decidir mi destino por correr detrás de una madre que corría detrás de un hermano a quien le molesté siempre? Yo estudiaba una carrera, y en esta casa nadie había hablado nunca de irse del país. ¿Verdad o mentira? Porque cuando no me quisiste sacar del pre en el campo, no lo hiciste por comunista, pero pensabas bien diferente... Me decías que por mi futuro, que si no, no había carrera, hasta quisiste que me hiciera militante de la juventud porque eso garantizaba muchas cosas y fui yo la que te dije que no me interesaba. Estuve tres años en ese pre clavado en el medio del monte y no existió un fin de semana que no me muriera de tristeza cada vez que las guaguas se alejaban y se iba haciendo de noche. Y lo peor... siempre tenía la esperanza de que me dijeras, a la mierda el futuro, a la mierda el pre, a la mierda la carrera y que sea lo que Dios quiera... Pero nunca lo dijiste. Después de todo, tengo que agradecerte que a los quince años me hubieras ayudado a ser fuerte y a ser independiente... ¿Cómo querías que te siguiera aquella noche de la llamada de Oscarito? Me dejaste sin madre a los dieciocho años, y a esa edad uno necesita de una madre, aunque sea para desearle las buenas noches y para saber que uno tiene una raíz a la que sostenerse si llega un ciclón... como el que vino después...

Sofía: Pero en todas las cartas te pedí que te fueras. Te lo rogué, Beatriz...

Beatriz: Sí, mami, yo lo sé. Pero la herida fue demasiado fuerte y al perder mi tronco así de repente, me aferré a la tierra, a las calles, a este cielo, que era lo único mío a pesar de tantas porquerías...

Sofía: Porquerías hay en todos lados, se llevan para acá y para allá. No hay nada más fácil que trasladar porquerías, y hacerlas.

Beatriz: Yo creo que debes regresar cuanto antes.

(Silencio. Sofía no deja de mirarla).

Beatriz: Oscarito te necesita más que yo.

Sofía: Sí, eso es verdad, pero quizás éste sea su pre en el campo. Es la primera vez que se separa de mí y es bueno que se vaya acostumbrando... Tengo miedo, Beatriz... Es mentira que no tenga miedo... Le tengo un pánico horrible a la muerte... Mira que me he leído libros de esos de filosofía china que casi lo convencen a uno de que la muerte es como un tránsito o algo así, hasta tengo un cassette de una cantante cubana allá que dice que la muerte es una graduación y que uno vuelve a matricularse, que lo oigo todos los días, creo que lo traje y todo... pero la verdad, la verdad es que yo no me quiero morir... Saber que cuando me despida de ti será para siempre, me hace temblar de miedo... Todo me da miedo. Me he convertido en una vieja de mierda miedosa. No es lo mismo sentir que la vida está por delante a saber que es cuestión de meses...

Beatriz: ¿Cuántos?

Sofía: Eso no quise que me lo precisara el médico. Yo tampoco soy tan fuerte... Dios mío... cómo será morirse? *(Silencio. Beatriz empieza a llorar desconsoladamente, se calma. Se refugia en el fondo del escenario y se ha convertido en una especie de arlequín triste. Está de espaldas).*

Beatriz: ¿Quieres escuchar algo?

Sofía: ¿Todavía tienes aquel disco de Martha Valdés que me gustaba tanto?

Beatriz: Hace tiempo que no lo oigo, está todo rayado.

Sofía: Pon la canción que canta Bola de Nieve.

(Se escucha "Pobrecitos mis recuerdos" en la voz de Bola de Nieve. Sofía se va acercando lentamente a Beatriz y cuando termina la canción ya está a su lado).

Sofía: No es esa la canción que yo quiero escuchar.

(Suave, trae a Beatriz a proscenio).

Beatriz: Yo lo sé.

Sofía: No quiero estar triste.

Beatriz: Yo lo sé. Pero Martha Valdés también es parte de nuestros recuerdos.

Sofía: Sí, pero de recuerdos lindos. ¿Te acuerdas cuando la cantábamos juntas?

(Beatriz y Sofía empieza a canturrear bajito "Tú no sospechas". Sofía detiene la canción y mira a Beatriz).

Sofía: ¿Será posible que esté en Cuba? De paso, pero en Cuba. Es increíble, me voy a morir allá...

Beatriz: Yo tampoco quiero estar triste. Ahora estamos aquí, quién sabe lo que va a suceder mañana.

Sofía: Es verdad... Es verdad.

(Beatriz intenta controlar su llanto y Sofía acaricia su pelo. La voz de Martha Valdés interrumpe la acción y quedan estáticas. Inmediatamente entra Bola de Nieve cantando "Tú no sospechas").

Beatriz: ¿Bailarías conmigo?

Sofía: Sí, pero yo nunca he bailado con una mujer...

Beatriz: Hazte la idea que estás bailando con Robert Redford.

Sofía: O con Barbra Streisand.

(Empiezan a bailar. La luz baja creando intimidad. Esta danza va creciendo hasta convertirse en un vals a todo salón. Suena el teléfono pero no interrumpen la acción. El teléfono insiste, se detienen).

Beatriz: ¿Será Oscarito?

Sofía: ¿Será Goya?

Sofía y Beatriz: *(En un estallido)* ¡Blanca Carrasco!

(Se abrazan muy fuerte. El teléfono no deja de sonar. Sofía se sienta, Beatriz hace un intento por escapar y Sofía no se lo permite. Termina la música. La luz se va lentamente y se queda sonando el teléfono).

Ciudad de La Habana, 27 de diciembre de 1997.

FIN